

IN MEMORIAM PROF. DR. D. ALFREDO GARCÍA SUÁREZ

«Scripta Theologica» y la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra se complacen en recordar la egregia figura del profesor Alfredo García Suárez, que fue el primer Director del Instituto Teológico (1967-1969) —etapa previa de la Facultad de Teología— y de la misma revista (1969-1971). En la preparación y primeros pasos de ambas instituciones el prof. García Suárez tuvo una parte muy relevante, secundando las orientaciones y el impulso del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, desde los puntos de vista científico, académico e institucional. A su esfuerzo, dedicación e inteligencia la Facultad de Teología y «Scripta Theologica» deben buena parte de sus primeras y fundamentales andaduras. Queremos expresar, pues, en estas páginas el agradecimiento de los profesores y alumnos que, bajo la sabia dirección de Alfredo García, compartimos la esperanzada aventura de los comienzos. También de cuantos posteriormente hemos disfrutado de los frutos sembrados en los años iniciales.

Nuestro querido Alfredo falleció en Madrid el día 4 de febrero de 1998. Había nacido en Luarca (Asturias) el 18 de abril de 1927. El día 6 de febrero de 1998 se celebró el funeral por el eterno descanso de su alma. Fue oficiado en Madrid, en la Iglesia del Espíritu Santo, templo rectoral del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Presidió la Eucaristía el Obispo Secretario de la Conferencia Episcopal Española, y concelebraron el Vicario Regional de la Prelatura Opus Dei, el Vicario de la Delegación de Madrid de la Prelatura, el Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y cuarenta sacerdotes más del Opus Dei y de varios secretariados de la Conferencia Episcopal, y colegas y amigos del sacerdote finado. La homilía pronunciada por el Obispo Secretario fue emocionante. Una multitud llenó el templo.

Poco después, el 27 de marzo de 1998, celebramos un acto académico en memoria del Prof. Alfredo García en el Aula Magna del edificio de las Facultades de estudios eclesiásticos de la Universidad de Navarra. Intervinieron, con sentidos y emocionantes discursos, el Decano de la Facultad de Teología, Prof. Pedro Rodríguez, que presidió la sesión; el Prof. Gonzalo Aranda, actual director del Departamento de Sagrada Escritura y antiguo alumno de la primera

promoción del Instituto Teológico, que habló desde la perspectiva de un alumno de D. Alfredo; el Prof. José Morales, director del Departamento de Teología Fundamental y Dogmática, en representación de los profesores que formaron el primer Claustro académico del Instituto; el Prof. emérito José M.^a Casciaro, amigo desde los primeros años de la vida universitaria de D. Alfredo en la Facultad de Letras de Madrid, al que sucedería como Director del Instituto y sería el primer Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra; Mons. Antonio Palenzuela, Obispo emérito de Segovia y ex-Presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe (por su enfermedad no pudo asistir, pero envió su discurso, que fue leído por el Prof. Pedro Rodríguez); y Mons. José Manuel Estepa, Arzobispo Castrense y Presidente de la Subcomisión Episcopal de Catequesis. También asistieron al acto hermanos de D. Alfredo; Mons. Fernando Sebastián, Arzobispo de Pamplona, Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española y Gran Canciller de la Pontificia Universidad de Salamanca; Mons. Carmelo Borobia, Obispo de Tarazona; y muy numerosas personas, profesores y alumnos.

En su discurso de apertura, el Prof. Pedro Rodríguez dijo, entre otras cosas: «Este acto estaba planeado como un homenaje gozoso a un profesor ilustre, a un teólogo eminente, a un fiel servidor de la Iglesia, estimado y respetado en ámbitos muy amplios de la Iglesia en España, pero especialmente querido en esta Facultad de Teología. Un homenaje con ocasión de los setenta años (...). Iba a estar señalada la ocasión, como es uso frecuente, con la entrega gozosa de un libro, que señalara y grabara de alguna manera la fecha simbólica. El libro está aquí, sobre esta mesa: *Eclesiología, Catequesis, Espiritualidad*. Así se titula y recoge una buena parte de la obra valiosísima de su autor. Nos hacía especial ilusión el momento en que Alfredo tomaría la palabra para pronunciarse acerca de cómo él veía su vida de sacerdote y teólogo a esta edad emblemática (...). Sin embargo, no va a ser así. Dios ha querido que la proyectada sesión de homenaje pasara a ser una sesión *in memoriam* (...).

»Permítanme que termine leyendo dos textos de sendas cartas. La primera, de 13 de marzo de 1997, es precisamente de D. Ricardo Blázquez, que, al enviar el Prólogo para el libro, le decía estas palabras: “Para mí ha sido un motivo de satisfacción el poder expresar a través de estas páginas la gratitud personal y de la Conferencia Episcopal Española a tu larga, fiel y eficaz colaboración. Dios te pague tanto trabajo fecundo y escondido”. La segunda carta es la última manuscrita de Alfredo».

Y a continuación entresacó algunos párrafos de ella: «Pienso que en las solapas del libro no deben incluirse datos biográficos (...). La fecha que habrá de ir en la parte posterior del libro podría indicar la fiesta de Nuestra Señora de

Covadonga, o, tal vez, la memoria de los Santos Ángeles Custodios» (hasta aquí las palabras del Prof. P. Rodríguez).

Nuestro querido Alfredo había cursado los estudios de segunda enseñanza en su tierra natal, sacando matrícula de honor en casi todas las asignaturas, tanto en Letras como en Ciencias; incluso destacaba de modo notorio en Matemáticas. Su familia le aconsejaba que cursara la carrera de Ingeniero de Caminos. Pero él, con una decisión firme, optó por la entonces Facultad de Filosofía y Letras. Y, en efecto, en ella se matriculó el curso 1944-45, en la entonces Universidad Central de Madrid. Hechos los estudios comunes, eligió la Sección de Filología Románica, en la que se licenció con la máxima calificación. Más tarde obtendría el Doctorado en la misma especialidad por la Universidad de Navarra.

Muy pronto descubrió su llamada al Opus Dei, a la que se entregó con tesón y entusiasmo y, también con el mismo ardor, fue preparando los estudios para el sacerdocio. Recibió la ordenación sacerdotal en 1951. A continuación hizo el grado de Licenciado en Teología por la Pontificia Universidad de Salamanca y el de Doctor por la Pontificia Universidad Lateranense, sin abandonar una intensa labor pastoral.

Recuerdo bien cómo, en pocos años, Alfredo había alcanzado una sorprendente profundidad en la «Universa Theologia», y llevaba una existencia transida por las instancias teológicas. Por eso, vivió intensamente el Concilio Vaticano II, que le corroboró en el empeño de sintetizar su visión teológica y proyectar sus afanes intelectuales en el marco de la Iglesia y de la sociedad civil. En tales circunstancias alcanzó un profundo conocimiento de las fuentes de la Teología: la Sagrada Escritura y los Padres —era un excelente latinista y dominaba bien el griego— y se había familiarizado con la obra del Aquinate. Buena parte de su quehacer teológico se dirigió a reflexionar y exponer el mensaje central del espíritu del Opus Dei: escribió sobre la teología del laicado y sobre la vida y ministerio de los sacerdotes seculares. Logró asimismo tomar el pulso de la teología moderna, de la que supo extraer sus mejores aportaciones. El prof. José Morales, en el *acto in memoriam*, ha recordado que, después de una conferencia de Alfredo sobre *La teología de Teresa de Jesús*, en el Aula Magna de la Universidad de Navarra, le comentó: «He tratado de establecer un diálogo con santa Teresa, en el siglo XX».

El período que va aproximadamente de 1955 a 1970 fueron años de inquietud teológica y de trabajo entusiasta e intenso: yo soy testigo casi diario de los afanes de Alfredo. El Beato Josemaría Escrivá le nombró Director espiritual regional de España, y tuvo en él un apoyo para la gestación del Instituto

Teológico, como hemos dicho, germen de la posterior Facultad de Teología. Ésta era reclamada, entre otras razones, por la preocupación generosa del Fundador del Opus Dei, desde sus años de seminario en Zaragoza, por la formación teológica y espiritual de los sacerdotes diocesanos (no existía entonces el plan de formación permanente del clero, a resultas del Concilio Vaticano II), y por la necesidad de que la «Universitas Studiorum» de Navarra estuviera dotada de una institución académica que facilitara la visión última del sentido y de la síntesis de los diversos saberes y el diálogo interdisciplinar. Así, el Beato Josemaría, en su calidad de Gran Canciller, nombró a Alfredo Director del Instituto, tan pronto como éste fue erigido por la Santa Sede a comienzos de 1967.

Entre las actividades que, de algún modo, contribuyeron a preparar el terreno al Instituto Teológico y, después, Facultad de Teología, son dignas de recordar la «Biblioteca de Teología», patrocinada por la Universidad de Navarra. Integraban su comité de dirección Alfredo García, Pedro Rodríguez y el que suscribe estas páginas. Entre 1964 y 1966 fueron publicados en dicha Biblioteca nueve importantes libros, debidos a K. Algermissen, G. Lafont, Ch. Journet, G. Thils, O. González de Cardedal, S. Grabowski, P. M. de la Croix y A. Lang. Simultáneamente, la «Biblioteca» organizó en los veranos de 1964, 1965 y 1966 tres simposios de Teología en Pamplona y Molinoviejo (Segovia), respectivamente, donde se estudiaron y comentaron varios documentos del Concilio Vaticano II. Igualmente, durante los inviernos de esos años y organizados por la misma Biblioteca, se celebraron en Madrid las que llamamos «Tertulias teológicas de Rialp», con periodicidad mensual: eran seminarios donde un ponente exponía un tema de actualidad teológica, seguido del correspondiente diálogo. Alfredo García era, sin duda, el alma de todas esas actividades.

Los contactos y la amistad con gran parte de los teólogos de aquellos años, con motivo de las tareas en torno a la Biblioteca de Teología, facilitaron muchísimo la realización de la *Gran Enciclopedia Rialp* en su amplia sección de ciencias teológicas y religiosas. Fue otra iniciativa del Beato Josemaría Escrivá hacia 1965. La dirección de esa sección fue encomendada a los miembros del comité de dirección de la Biblioteca, antes mencionados.

1967 fue un año crucial. En octubre comenzaron las clases del Instituto Teológico. Se instaló provisionalmente en unos locales que gentilmente ofrecieron el Cabildo de la Catedral de Pamplona y el Sr. Arzobispo, D. Enrique Delgado. Estaban situados junto a la capilla llamada Barbazana, el impresionante claustro gótico de la Catedral y la bella sala «Preciosa». Gonzalo Aranda recordaba en su intervención en el acto *in memoriam* del 27 de marzo de 1998: «Las clases de D. Alfredo resultaban, cada una, una lección magistral (...). La atención que D. Alfredo prestaba a la expresión misma de la fe y al realismo de tal exposición, y su

incidencia en toda construcción teológica, me quedó grabada al hilo de la exposición, que hacía del texto de Rom 10,9-10 (...). Entiendo que era desde esa atención a la expresión de la fe, ineludible en el quehacer teológico y en la acción catequética y pastoral, desde la que D. Alfredo proponía una estructuración vertebrada de las verdades de la fe, teniendo como centro el *kérygma* neotestamentario».

Mientras tanto, el afán investigador de Alfredo encontró tiempo —no sabemos cómo— para publicar, en la década de los años 60, enjundiosos trabajos. Fueron presentados en diversas reuniones, como las «Semanas Españolas de Teología», las «Semanas Bíblicas Españolas», ambas convocadas por el Instituto Francisco Suárez del CSIC, y publicados sucesivamente en sus *Actas*. Igualmente publicó artículos y monografías en diversas revistas españolas y extranjeras. Sería demasiado prolijo consignar el elenco de tales estudios e investigaciones durante ese período: suman aproximadamente unos veinte trabajos. Una parte están recopilados en el libro que la Facultad le ha ofrecido como homenaje en el mencionado acto del 27 de marzo último.

El verano de 1967 Alfredo se trasladó a Pamplona, junto con Pedro Rodríguez y conmigo, para ultimar los preparativos del Instituto Teológico. Alfredo, entre otras muchas actividades, había trabajado también, a jornadas intensivas, en la preparación de la *Ratio Studiorum* de los Seminarios Mayores de España, por encargo de la Conferencia Episcopal Española. Estaba llevando con extraordinaria ilusión y responsabilidad los preparativos inmediatos del Instituto y, como he indicado, había realizado un esfuerzo personal de estudio e investigación, sin duda superior a sus fuerzas... Y se había agotado. Los que por entonces éramos inseparables suyos, a saber, Pedro Rodríguez y yo, tuvimos que hacerle materialmente las maletas; tal era el grado de agotamiento. Llegados a Pamplona, acordamos que descansara. A los pocos días parecía haberse recuperado. Pero se trataba de una apreciación falsa. A temporadas parecía restablecerse, y entonces era lucidísimo en ideas y perspectivas, pero volvía a recaer. Alternaba períodos de actividad en la dirección del Instituto y en las clases de Teología Fundamental, de manera brillantísima, con períodos de fatiga. Pero su cabeza no paraba de pensar, de trabajar y de escribir teología. Por entonces había tomado también a su cargo la puesta en marcha de la revista del Instituto, «Scripta Theologica», cuyo primer volumen apareció en 1969.

Tuvieron evidente y profunda gravitación en su cansancio las circunstancias de confusión doctrinal y de crisis existencial que atravesaba la Iglesia en aquellos años. Alfredo sufría lo indecible al ver, contrastadas, las ilusiones de renovación teológica iniciada con el Vaticano II, y las salidas de tono de algunos sectores eclesiales, que provocaban en otros la reacción de signo inmovilista. Unas y otras le producían tremendo dolor, hasta el abatimiento. Al frente

del Instituto se sentía comprometido con los derroteros que debíamos seguir al hacer la Teología desde la investigación y la docencia. No quería rendirse al sentir los síntomas del cansancio y de la preocupación.

Quienes trabajábamos junto a él vimos que el agotamiento era más profundo de lo que sospechábamos. Se le envió a descansar por breves temporadas en lugares más apacibles, más o menos en el campo. Entre medias volvía a Pamplona, a las tareas del Instituto Teológico, a la docencia, y a los trabajos de investigación. Los médicos diagnosticaron que había llegado a depresión alarmante, y aconsejaron un descanso más prolongado, incluso dejar Pamplona por un tiempo indefinido, lo que aceptó humildemente, posponiendo las ilusiones que había abrigado respecto del Instituto Teológico.

Sería a finales del 1971, o comienzos de 1972, cuando regresó a Madrid para un largo período, que, en la práctica, se prolongó hasta el final de sus días. Los primeros años de su retorno a Madrid fueron, sobre todo, de descanso y de retiro, mientras se recuperaba de la crisis de salud, que, con períodos alternativos, nunca volvió a ser buena. Pero sí lo suficiente para que ya en 1973 según ha recordado el Prof. José Morales, Alfredo le resumiera sus posibilidades: «Estudio, confieso, predico y celebro la Eucaristía». Ya era una recuperación apreciable, que le permitió poco a poco emprender tareas más exigentes.

Así, en los años que siguieron pudo trabajar como Teólogo asesor de la Conferencia Episcopal Española y como Consultor permanente de las Comisiones Episcopales para la Enseñanza y Catequesis, para el Ecumenismo y para la Doctrina de la Fe. A este respecto escribía Mons. Antonio Palenzuela, obispo Emérito de Segovia: «De Alfredo García Suárez puedo decir que fue un (...) gran sacerdote y un entrañable amigo. Yo le conocía desde hacía bastantes años como colaborador de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis; pero últimamente lo traté muy de cerca, cuando trabajó como teólogo asesor de la Comisión para la Doctrina de la Fe en los tiempos de mi presidencia (...). Alfredo trabajó con diligencia y acierto en todo lo que le encargaba la Comisión para la Doctrina de la Fe, dictámenes de libros y proyectos de documentos. Su trabajo era lento —por su falta de salud—, pero riguroso y seguro. Yo descansaba en su saber teológico y en su fidelidad al Magisterio. Pero su fidelidad inquebrantable no le impedía cultivar y exponer un saber teológico muy renovado».

Por su parte, Mons. José Manuel Estepa, Arzobispo Castrense, decía en el mencionado acto académico de homenaje: «Vinieron años de gran actividad y de importantes, según mi parecer, servicios a la catequesis en la Iglesia de España, en los que tuvo gran intervención nuestro amigo Alfredo. Independientemente de una serie de artículos, en que de una u otra manera, aclaraba y

explicitaba cuestiones debatidas en el Sínodo de 1977 y en la Exhortación apostólica *Cathechesis Tradendae* de Juan Pablo II, me parece oportuno señalar dos realizaciones de la Subcomisión Episcopal de Catequesis en que Suárez colaboró relevantemente. En primer lugar un amplio documento, *La Catequesis de la comunidad cristiana*, orientaciones pastorales para la catequesis en España, que suscrito por los Obispos de nuestra Comisión en 22 de febrero de 1983, había sido consultado a todos los Obispos y merecido un elogioso refrendo de la propia Asamblea. Junto a los ponentes Palenzuela y Estepa, García Suárez y Ricardo Lázaro dedicaron también todas sus energías a este instrumento, que a lo largo de la quincena de años siguientes ha sido fuente segura y dinámica inspiración hasta la publicación del nuevo *Directorio General para la Catequesis*, por la Santa Sede en septiembre de 1997.

»En segundo lugar, el Catecismo titulado *Ésta es nuestra fe* (1986) (...). Para mí fue gozo particularísimo cuando, meses más tarde, nos reuníamos un reducidísimo grupo de Obispos de diversas procedencias con el Cardenal Ratzinger en Roma, para decidir, al fin, la articulación y principales criterios de elaboración del proyecto de «Catecismo Universal» (el que sería el *Catecismo de la Iglesia Católica*), que se nos había encomendado realizar, y el Cardenal señalaba, ante todos, como modélico el citado texto español».

En las palabras de clausura, el mismo Prof. Pedro Rodríguez dio lectura a algunas de las cartas que había recibido con motivo del acto¹.

Finalmente, el Decano Prof. Rodríguez leyó la carta del Gran Canciller de la Universidad de Navarra Mons. Javier Echevarría, Obispo Prelado del Opus Dei, algunos de cuyos párrafos decían textualmente:

«... Me uno con todo cariño al agradecido recuerdo que la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra rinde a Alfredo García (...). Además de elevar al Cielo sufragios por el reposo eterno de su alma, como ya hice cuando me comunicaron el desenlace de su larga enfermedad, deseo dar testimonio con

1. Las cartas eran de D. José Luis Moreno, Secretario de la Comisión episcopal de Seminarios y Universidades y ex-alumno de esta Facultad; de D. Francisco Azcona, de la Oficina de Estadística de la Comisión Episcopal; de Mons. Braulio Rodríguez, Obispo de Salamanca; de Mons. Javier Salinas, Obispo de Tortosa; de Mons. Ricardo Blázquez, Obispo de Bilbao; de Mons. Elías Yanes, Arzobispo de Zaragoza y Presidente de la Conferencia Episcopal Española; de Mons. Francisco Álvarez, Arzobispo de Toledo, Primado de España; del Cardenal Antonio Rouco, Arzobispo de Madrid; del Prof. Pío Alves de Sousa, Vicerrector de la Universidad Católica de Lisboa, ex-alumno y ex-profesor de nuestra Facultad; del Cardenal Ángel Suquía, Arzobispo emérito de Madrid; etc.

estas líneas del temple humano y sobrenatural de este sacerdote de la Prelatura del Opus Dei, que fue el primer Director del Instituto Teológico —comienzo de la futura Facultad— erigido en el seno de la Universidad de Navarra, por la Santa Sede, en el año 1967.

»Al testimoniar las dotes científicas para el cultivo de la Sagrada Teología, en las que Alfredo destacó (...), deseo poner de manifiesto, al mismo tiempo, su profunda piedad sacerdotal. Piedad de niños y doctrina de teólogos, deseaba el Fundador del Opus Dei para todos sus hijos. Alfredo fue, sí, un estudiante apasionado de la divina revelación, pero fue sobre todo un alma dedicada al servicio de la Iglesia.

»Desde que el Señor le llamó al Opus Dei (...), fundamentó su conducta en el sentido de la filiación divina en Cristo, roca segura sobre la que el Beato Josemaría edificó —con la asistencia indudable del Espíritu— su propia vida espiritual y la de innumerables personas, a quienes guió con su magisterio de buen pastor y con su palabra. Esa profunda convicción de ser hijo de Dios, que escuchó tantas veces de labios de tan celoso maestro, animó desde entonces las jornadas de Alfredo e informó sus actividades, de modo especial su trabajo: primero en su profesión civil y en sus afanes artísticos, y luego, una vez recibida la ordenación, en su dedicación exclusiva al sacerdocio ministerial y a los diversos quehaceres teológicos que le fueron confiados, tanto en la Universidad de Navarra como en la Conferencia Episcopal española.

»No olvidó Alfredo que las luces que podía alcanzar en sus tareas eran fruto de la gracia de Dios, más que de sus esfuerzos personales; luces que se logran —como también aprendió del Beato Josemaría— sobre todo en la fragua de la oración. Con su dedicación a la investigación y a la docencia contribuyó, junto con otros, a poner los cimientos de la futura Facultad (...). Estos anhelos acompañaron a Alfredo hasta el final de sus días, en un voluntario servicio a la Iglesia, también dedicado a las almas mientras su enfermedad se lo permitió (...).

»Ahora, en el Cielo, donde confiamos que se encuentra por la Misericordia divina, con la intercesión de Santa María, de San José y del Beato Josemaría, Alfredo no se saciará de contemplar —ya sin velos ni en figura, sino cara a cara (cfr. *1 Cor* 13, 12)— el Rostro de Dios: ese Rostro que aquí en la tierra trató de conocer cada vez mejor con docilidad plena al magisterio de la Iglesia» (hasta aquí las palabras de Mons. Javier Echevarría).

Por lo que a la Facultad de Teología y a «Scripta Theologica» se refiere, nos queda la tarea de desarrollar una labor que ya empezó maravillosamente el Prof. Alfredo García Suárez. El claustro de profesores de la Facultad agradece-

mos profundamente a Alfredo sus desvelos y la inteligencia con que inició la tarea que tras él llevamos adelante. Suplicamos a Dios Espíritu Santo, de modo especial en este año de 1998, dedicado al Paráclito, que nos ilumine con sus dones para poder cumplir con nuestra responsabilidad en el seno de la Iglesia y de la sociedad.

José María Casciaro
Profesor Emérito de Sagrada Escritura
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA